

# HISTORIA DE UN SOLDADO

No hace mucho vino a mis manos el relato de un hombre que contaba un hecho de armas propio, que mantuvo en secreto más de cincuenta años. El hecho, significativo para nuestras páginas históricas, era el de la muerte, en combate, del cabecilla cubano Maceo; y los papeles que yo tenía ante mí, después de tanto tiempo transcurrido, la versión del cabo Victoriano Campos, de un pueblecito de Valladolid, donde todavía reside, que peleó en sus mocedades a las órdenes del entonces comandante Cirujeda.

La narración del cabo y, sobre todo, los obligados límites de un artículo de



Paisajes de la guerra de Cuba.—Un bohío criollo.



El teniente coronel D. Francisco Cirujeda.

periódico dejaban, en segundo plano, la figura del jefe, no la del insurrecto, sino de quien hiciera posible, con su valor y su pericia, aquella hazaña aislada y, en cuanto a la acción personal de Victoriano Campos, brindada por el azar, como podía haberse brindado a cualquiera otro de sus bravos compañeros.

Por eso reclamaba, en justicia, aquel artículo mío, trasunto de la ajena relación, una segunda parte; ésta, que no es sino traer a la evocación la historia de un soldado, exaltado en su día como lo requerían sus méritos, y recordado siempre con admiración.

Don Francisco Cirujeda y Cirujeda habrá de figurar imperecederamente unido a nuestras luchas coloniales del siglo XIX, desafortunadas, pero heroicas; y como

ne y se distinguió de tal manera, que obtuvo el nombramiento de alférez de milicias. Con ese grado hizo la campaña del Norte. La brillante historia de armas de don Francisco Cirujeda había comenzado para culminar en Cuba.

Basta repasar cualquier biografía de la época, publicada en los periódicos después del triunfo de Punta Brava, para hallar, en sucintos datos, en laconicas palabras, el temple de un hombre: El año 76 había marchado por vez primera a la isla, ya con el empleo de capitán, y en el encuentro de Sabante de Ozaba fué herido. Su comportamiento le valió la confirmación en el grado y se le destinó a España; pero él no se acostumbraba a tranquilos puestos, y su sangre, ya vertida por la Patria, le llamaba allí donde pu-

un digno sucesor de aquellos capitanes que hicieron famosa, en siglos anteriores, nuestra Infantería en todo el mundo. Alcanzó los altos grados militares, ascendiendo desde soldado raso. Obedeciendo, aprendió a mandar: las obligaciones, las responsabilidades y los sacrificios que el mando impone. Había nacido en Mogente, Valencia, en 1852, y su hoja de servicios comienza en 1873, cuando ingresó en la caja de quintas. Fué artillero primero, y, después, le destinaron a la brigada sanitaria, mas, al poco tiempo, el general don Arsenio Martínez Campos le reclamó a Cataluña, que se hallaba en estado de guerra. Entró inmediatamente en operacio-

diera servir con riesgo y actividad bélica. A principios del año 82, el capitán Cirujeda está en Filipinas, donde luego es ayudante del general Jovellar, pero el año 94, con su ascenso a comandante, marca para él un nuevo rumbo, un derrotero nuevo, que también es viejo, porque le vuelve al escenario cubano después de sostener tenaz porfía con el general Martínez Campos. El "Blanco y Negro", hoy documento inapreciable de esa etapa de nuestro país, recogió el diálogo. A la petición de volver a Cuba, hecha por Cirujeda, su superior le respondió:

—Ha caído usted herido a mi lado tres veces y no quiero que le hieran de nuevo con peor fortuna, y deje usted huérfanos a trece hijos.

No obstante, Cirujeda se las compuso para pisar tierra cubana, que era tierra de combate.

Y al llegar a este punto, dijérase que el foco luminoso, proyectado sobre la figura, se hace más intenso, porque es el instante en que, tras una serie de acciones sin interrupción, desde el día 1.º de diciembre de 1896, cae el cabecilla Maceo y su ayudante Francisco Gómez Toro, hijo del generalísimo de la insurrección Máximo Gómez.

¿Las balas de qué mozo, heroico y combatiente, mataron al cabecilla? Por propia relación, las de Victoriano Campos. Algún soldado había de matarle, mas siempre son los jefes los que llevan a sus soldados a la victoria. A este respecto se vienen igualmente al recuerdo anécdotas de nuestros oficiales de Africa en luchas posteriores. Los había en nuestro Tercio de Extranjeros, según relatos, que entraban en fuego únicamente con un bastoncillo en la mano, y alguno hasta llevaba un violín, que tocaba burlonamente mientras las balas silbaban en torno a él, ¡respetándole!

Es la presencia del jefe, el aliento del jefe, su valor, su decisión, lo que gana los combates. Su pericia también, naturalmente. Por eso fué, con justicia, glorificado el comandante Cirujeda a raíz de lo de Punta Brava. Y, en consecuencia, cuando tuve en las manos el relato de Victoriano Campos y me propuse publicarlo, también decidí evocar, en otro capítulo, la figura de quien había hecho posible la hazaña, con las suyas propias traídas ya, como en larga cola de cometa.

MIGUEL PEREZ FERRERO